

## Un concepto sobre la filosofía integral

CONFERENCIA DEL DOCTOR ENRIQUE A. BECERRA

EN EL COLEGIO DEL ROSARIO

(Conclusión)

¿Qué más? Aun a las artes es útil el estudio de la filosofía, pues siendo materia de todo arte enseñar las reglas conforme a las cuales puede ser realizada una obra, y debiendo estas reglas ser deducidas siempre de la naturaleza, claro está que tanto más aventajado será el artista cuanto mejor conozca la naturaleza de las cosas, o lo que es igual, cuanto más filósofo sea. Por consiguiente, la poesía, la gramática, la retórica y otras disciplinas análogas dependen naturalmente del estudio de la filosofía, y sin él jamás podrán producir los efectos que de ellas debe esperarse. Por eso Cicerón confiesa de sí mismo que *non ex rethorum officinis, sed ex Academiae spatiis oratorem extitisse*. Pues la religión, ¿qué provecho no saca del estudio de una sólida filosofía? Como que por medio de ésta se demuestra la existencia de Dios y sus atributos, verdades que son *præambulos a la fe*; por medio de la filosofía se ve clara la necesidad de un orden sobrenatural de verdades, y se ilustra estas verdades mismas con símiles tomados de la naturaleza: por la filosofía, en fin, se refuta los sofismas de los adversarios, y se demuestra no existir verdad alguna natural que contradiga las verdades reveladas. Es decir, en suma, que tanto para la vida privada como para la pública, y lo mismo para el cultivo de las ciencias que para el de las artes y la industria, y en fin, para defensa de la religión, el estudio de la filosofía es, no sólo útil, sino también necesario.

Todo esto nos demuestra cómo la filosofía es actividad universal del espíritu que se inquieta por llegar a lo

desconocido y descubrir las relaciones de las cosas, sus esencias y sus propias actividades; y cómo es también necesario conocer sus aplicaciones en todas las circunstancias que la vida nos ofrece, sea cual fuere el derrotero que en ella sigamos hasta llegar a nuestro último fin.

Según mis modos de entender, la filosofía es base fundamental de la religión y la moral, desde luego que éstas son el reconocimiento que hace la criatura racional de la existencia de su Causa Primera, mediante la elevación que realiza desde su ser infinitamente pequeño hasta su Creador Omnipotente. De esa elevación nace el sentimiento de adoración que de modo consciente prodigamos al Sér Supremo; bien porque reconocemos en El perfecciones infinitas fundadas en su aseidad, ora porque apreciamos nuestra pequeñez como entidad sujeto de su providencia que multiplica sus dones hasta hacernos poseedores de su bienaventuranza. Esos dones son: la fe que nos muestra la excelsitud de un más allá propicio a nuestra tendencia a ser felices; la esperanza que avigora nuestras aspiraciones a merecer la posesión del Bien Sumo como último fin adecuado a nuestra naturaleza inmortal, y la caridad que enciende y acendra nuestras afecciones hasta extasiarnos en la contemplación de las mismas, como único tributo adecuado a la mente que con un solo acto de su voluntad creadora engendró el universo y dio vida y movimiento a todo cuanto existe y es posible que exista.

Es la filosofía la que inspira las más bellas concepciones: el discurso sobre la Biblia del marqués de Valdegamas y la magna oración a Jesucristo de don Marco Fídel Suárez que tienen como motivo la excelsitud de nuestra religión, son demostraciones incontestables de mi aserto.

Ved, pues, señores, cómo la sabiduría se alcanza de Dios más por la oración que por el estudio, tal como lo declaran nuestras constituciones; ved cómo filosofar es

orar, pues reconocer la última causa de nuestro sér y adorarla, es el más rendido tributo que la creatura rinde a su Creador. Observad cómo la filosofía cristiana eleva el numen, exalta la belleza y proporciona geniales actividades en todos los campos del espíritu. Ella en los senderos del Derecho sentó las bases de la libertad y el orden. «El catolicismo—dice Cortés—se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que había de creer, los morales lo que había de obrar, y los místicos, remontándose sobre todos, le enseñaron a levantarse a lo alto en alas de la oración, esa escala de Jacob de piedras brillantadas, por donde bajó Dios hasta la tierra, y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrazados todos juntamente en el incendio de un amor infinito».

Acerca de las ciencias naturales observad cuál es la ayuda que les presenta la filosofía: El hombre todo, es decir, el alma y el cuerpo íntimamente unidos, es el objeto de la antigua y moderna antropología y el problema que hay que resolver, y para llegar a la solución es preciso despejar muchas incógnitas. Los antropólogos modernos, con rarísimas y preeminentes excepciones, dan por despejada la incógnita *principal*, que es el alma: los fisiólogos materialistas, cándida o maliciosamente, creen que en este mundo todo se explica por la mecánica y la geometría. Lo que no cae en las divisiones del metro o bajo el ángulo del compás, y bajo la mirada del observador superficial de la cáscara y nunca del fondo, de los efectos y no de las causas.... todo, irremisiblemente todo, es inútil y estéril para la ciencia moderna.

Por el contrario la antigua escolástica, tan injusta e irracionalmente desdeñada hoy en ciertas aulas y en

muchos libros, siguió una dirección distinta en sus arduas investigaciones. Se la ha culpado y se la culpa de haber formado castillos en el aire y edificado en arena movediza, porque sus raciocinios eran completamente vacíos de realidad, y no tenían fundamento alguno en la experiencia; de igual manera que se la hace responsable de las cavilaciones de alguno de los filósofos que tenían poco o nada de escolásticos. Así, por vía de ejemplo, es corriente hoy, en las obras de fisiología con vistas a la psicología, el afirmar que la filosofía de la escuela se hizo solidaria del separtismo psicológico de Descartes; lo cual manifiesta en los calumniadores supina ignorancia de esa filosofía sana y robusta.

Si por experiencia se entiende el hábil manejo del bisturí y del microtomo, del microscopio y del reactivo, del *compás de gruesos* o del calibre, del estereógrafo de Broca o del craneóforo de Topinard, etc....., en este caso no fueron antropólogos los antiguos, porque no usaron esos preciosos instrumentos. Mas si por experiencia se entiende, no únicamente lo que cae bajo el dominio del sentido bruto y externo, sino también lo que cada hombre aprecia en su interior, sea del orden que fuere, material o inmaterial, espiritual o sensible, sensación o idea, dolor físico o moral, entonces es necesario reconocer que los antiguos filósofos fueron experimentadores en grado último. Basta hojear el libro de Nemesio, titulado *De natura hominis*. No hicieron uso del microscopio porque no existía; pero, en cambio, usaron un instrumento que vale infinitamente más que los mejores y más potentes microscopios del mundo: la luz intelectual, que no está sujeta al ángulo de abertura ni a la eficacia del colorante; que avalúa sin micrómetros y copia sin cámaras; que aumenta su poder *resolutivo* sin *inmersiones homogéneas* a medida que discurre, y penetra en los lugares más secretos, delicados y misteriosos sin lentes apocromáticas; porque esa luz no

es de las que necesitan condensadores que las aprisionen, ni polarizadores que las descompongan: su poder *resolutivo* y amplificador es la virtud del alma, y su condensador, la lógica.

Así, únicamente así, pudieron los escolásticos recorrer las vías impalpables de nuestras operaciones más nobles y sorprender su principio y raíz para elevarse a la contemplación de nuestra naturaleza animal y racional, a la visión de nuestro espíritu, en el espejo de sus actos, deduciendo consecuencias muy legítimas relativas a nuestro origen terreno y destino futuro. Si con tales procedimientos no lograron desvanecer todas las sombras que envuelven los antros psicológicos, porque la Fisiología, la Histología y lo que hoy se llama Psicofísica, no les ayudaron con la observación exterior, no las desvanecerán tampoco los nuevos experimentadores, que suelen omitir en sus trabajos la observación interior por aborrecer la Metafísica, base y fundamento de todo discurso y progreso en el vastísimo campo de la antropología racional.

He de concluir esta ya extensa disertación con las palabras de Séneca, quien desde su paganismo apreció de modo general la excelencia de los estudios filosóficos diciendo: «La filosofía no es un arte para deslumbrar al vulgo, una ciencia de aparato; no: consiste en cosas y no en frases. No se la emplea como grato pasatiempo, no es mero entretenimiento para librarse del fastidio de la ociosidad; ella forma el alma, ordena la vida y dirige las acciones, mostrando lo que debehacerse y lo que ha de evitarse; ella le sirve al hombre de piloto, conduciendo su barca a través de los escollos: sin ella no hay seguridad. ¡Cuántos acontecimientos exigen a cada instante una resolución que solamente la filosofía puede sugerir! Se me dirá: '¿De qué sirve la filosofía si hay el destino?' ¿De

qué, si Dios gobierna? ¿Para qué, si todo depende del azar? Ni puedo cambiar los acontecimientos que Dios ha decretado, decidiendo mis acciones anticipadamente, ni precaverme contra sucesos fortuitos cuando el azar se ríe de la prudencia humana'. De esas opiniones, aunque fuesen verdaderas o lo fuera alguna, excluyamos a la filosofía. Que nos sujete el destino a leyes inexorables, que un dios, árbitro del universo, lo disponga todo; que el azar intervenga en los sucesos humanos, la filosofía de todas maneras nos servirá de escudo. Ella nos dirá que obedezcamos a Dios, resistiendo tenazmente a la Fortuna; que nos sometamos a la Divinidad, soportando los golpes de la suerte. Pero no es este el lugar de inquirir cuáles sean los derechos del hombre, de averiguar si es gobernado por la Providencia, o encadenado por el destino, o zaran-deado por los súbitos y bruscos caprichos del azar. Vuelvo a mis consejos y a mis exhortaciones: que no se entibie nunca vuestro celo, que no decaiga. Es preciso reglarlo y sostenerlo, para convertir en hábito lo que no era más que un capricho pasajero».

A vosotros distinguidos discípulos personificados en Lucilio, he de exhortar como lo hizo el sabio: «Error, Lucilio; de vuestra vida a la del filósofo no se desciende, se asciende. Así como la luz difiere de la claridad, pues la luz tiene su fuente en sí misma y la claridad es producida por un brillo extraño a ella, así aquellas dos vidas difieren una de otra. La una brilla como reflejo de una luz exterior, reflejo que se eclipsa cuando es interceptado; la otra tiene en sí misma su esplendor. El estudio de la Filosofía os dará la gloria y la celebridad».

